

Recordar, compartir, aprender

Murcia

Martín Montiel López, 75 años

Ángeles Sánchez Gea, 27 años

ESCLAVOS DEL TIEMPO

Es paradójico que en pleno siglo XXI, en el que convivimos con Internet, que nos permite movernos sin levantarnos del sofá, donde las palabras democracia y libertad ya no nos sorprenden, vivamos más encerrados y cohibidos que nunca. ¿Es que el ser humano no ha evolucionado? ¿Es que no hemos aprendido nada?

Antes eran los militares, 'El Rey del estado', los patronos o los terratenientes quienes controlaban nuestras vidas, no podíamos viajar libremente, no podíamos defender aquello en lo que creíamos, no podíamos declarar abiertamente nuestras ideas, el ser humano ha experimentado con todos sus sentidos la represión.

Y, si es así, ¿cómo es posible que ahora vivamos menos libres que en toda la historia de la humanidad?

Ya no son otros quienes nos cohiben, ahora, es más triste si cabe, pues, somos nosotros mismos los que nos restamos nuestra propia libertad.

Ahora somos esclavos de nuestra cuenta corriente, de nuestro armario, de dietas, de tratamientos de láser y cirugía. Y no, no se equivoquen, no somos esclavos del tiempo, el tiempo es un regalo que al nacer nos hacen y que deberíamos agradecer y disfrutar, y no luchar contra él o lamentarnos porque se va.

Esta reflexión surgió después de conocer a Martín, un señor de 76 años, mucho más joven de lo que dice su edad; su cuerpo, su mente y su espíritu son más jóvenes que mis 28 años. En cuanto a su mente, sus ideas y consejos sobre la vida actual son los más sabios que había escuchado nunca. Pero me di cuenta que aquello que me decía no era nuevo, algunas cosas ya las había escuchando antes, pero supongo que con el pensamiento fijo en mi cabeza en aquellos comentarios que solemos hacer los jóvenes sobre los ancianos: "que pesados, viven en los años de Franco, que mentalidad, que maniáticos".

Cuando decidí desplazarme hasta Lorca, ciudad en la que vive Martín, y hacer unos 70 kilómetros para escuchar qué me tenía que contar ese señor desconocido para mí, pensaba en lo atenta que tenía que estar a todo aquello que me dijera para poder escribir una buena historia, así que mi atención a sus palabras era del 100%. Pero no fue sólo eso lo que me hizo escuchar de verdad a ese anciano de casi 80 años, sino también lo sorprendida que quedé al conocerle. Martín es un señor más guapo, más fuerte, más joven, más inteligente y cabal de lo que yo me había imaginado la primera vez que hablé con él. Ese factor sorpresa hizo que las palabras de Martín ganaran en credibilidad para mí.

Cuando me inscribí en este concurso esperaba tener la suerte de que mi pareja tuviese alguna historia interesante y sorprendente que contarme y así poder ganar algún premio. Pero Martín solo me contó su vida, cada una de las facetas de su vida en pequeños y medianos resúmenes, interrumpidos a veces por su crónica ronquera, pausas en las que yo intentaba agudizar mi sentido de la vista, grabando sus gestos en mi memoria para poder interpretar a través de ellos lo que no escuchaba. Lo que yo desconocía de todo esto, es que acababa de ganar un gran premio, un pellizco de la Lotería de la Felicidad. Sus palabras me han ayudado a darme cuenta de lo engañada que vivo ante las facetas más importantes de la vida.

Y no, no creáis que contó grandes anécdotas, simplemente su vida, la de un niño pobre, con gran ambición e inteligencia, que a sus tres años se enfrentó a un país demolido por la Guerra Civil, la hambruna de la posguerra y la miseria de los que vivieron esos terribles años de muertes sin sentido. Pero ese niño nació optimista y luchador. Por falta de recursos, sólo estudió hasta los ocho años, algo que no trabó su futuro gracias a su inteligencia y afán de superación. Consiguió crear su propia empresa, la hizo grande al mismo tiempo que crecía su familia; todo ello, mientras atravesaba cuatro crisis económicas. ¿Creen de verdad que alguien

